

CATALUÑA

REVISTA SEMANAL

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEU BARCELONÉS

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de Muntaner, 22, bajos

De los artículos firmados son responsables sus autores

No se devuelven los originales

— PRINCIPALES COLABORADORES —

D. Miguel S. Oliver.—D. Ramón Rucabado.
—D. Bartolomé Amengual.—D. Carlos Jordá.
—D. José M. Tallada.—D. F. Sans y Bui-
gas.—D. J. M. López Picó.—D. F. de Sagarra.—
D. Buenaventura Cunill.—D. Eladio Homs.—
D. J. Martí y Sábata.—D. Eugenio d'Ors.—
D. José Carner.—D. J. Sitjà y Pineda.—
D. J. Farrán y Mayoral.—D. Manuel Reventós.—
D. Emilio Vallés

SUSCRIPCIÓN

España 3 pesetas trimestre
Europa 3 francos
Número suelto 25 céntimos

— PAGO ANTICIPADO —

Año V

Barcelona 12 de agosto de 1911

Núm. 201

SUMARIO

España desde el Norteamérica

España desde el Norteamérica.

Algunas impresiones de España, por MISS ELIZABETH WALLACE, profesora de la Universidad de Chicago. Traducción por Eladio Homs.

Juventud Española.—Estudios y pensiones, por CARLOS CREUHET.

Información sobre la Mortalidad en Barcelona:

Informe del DR. ENRIQUE O. RADUÁ.

La Cuestión de la Moral pública en Cataluña y en el Extranjero:

La Información de «La Revue», de París, sobre la Criminalidad y la Prensa, por R. y P. C.

Notas al margen, por J. M. LÓPEZ PICÓ.

LIBROS CATALANES: Geroni Zanné: *Oda a Salomé*.—Francesch Sitjà: *Poemes*.—Joseph Pons: *Roses y Xiprers*.—Joseph Carner: *Verger de les Galantes*.—C. Riba Bracons: *Les Bucòliques de Virgili*.

Libros Castellanos.—El «Rosario de Sonetos Líricos», de Miguel de Unamuno, por J. MARTÍ Y SÁBATA.

La Semana:

DISCIPLINA.—*Lo de la «Numancia»*, por R.

LAS MODERNAS CIUDADES Y SUS PROBLEMAS.—*Conferencias de D. Cipriano de Montoliu en el Ateneo*.

La Prensa Catalana:

CATALUÑA ANTE ALEMANIA. (Artículos de D. Manuel de Montoliu, publicados en *El Poble Catalá y La Actualidad*).

Algunas impresiones de España

Después de una estancia de siete meses en ese encantador, perplejante y contradictorio país que se llama España, se me pide que dé mis impresiones generales. Mas, ¡si no tengo ninguna! Para recibir impresiones generales hay que hacer el viaje con rapidez,—precisa que la fotografía sea instantánea. Es peligroso el permanecer demasiado tiempo, pues entonces cualquiera se atreve a las generalizaciones; aunque la tentación se presente algunas veces, al momento un centenar de excepciones que se le acuden a uno le obligan a desistir, lleno de confusión. Si teniendo presente la saliente y esteril meseta de Castilla os propasáis a decir que España es un país árido y frío, al punto se os aparece la exquisita visión de los verdes valles y de los poblados montes de Galicia. Si al pensar en la indolente, triste y amable Andalucía os sentís impulsados a protestar de la falta de iniciativa de la gente española, enseguida se os aviva el ruido de las bulliciosas, activas y comerciales costas de Cataluña. Yo creo que fueron precisamente estos contrastes regionales lo que más me impresionó. El sol ardiente y la retraída vida social del sur de España se hallan en vivo contraste con los fríos vientos y la cálida hospitalidad del norte. Si en Sevilla me pareció estar viviendo en una tierra lejana y fascinadora, en Barcelona volví a respirar el espíritu y la energía indomables que la hacen comparable a mi adoptiva ciudad de Chicago.

En Sevilla y en Córdoba, la mujer es casi una prisionera tras de las rejas que la encierran en el patio, lleno de palmas, de las casas medio moriscas. En Santiago de Compostela es un mozo de cordel ó un animal de carga. Es un país donde a una hora os helais y a la siguiente os morís de calor; donde reinan la superstición tenebrosa y una libertad

absoluta en la palabra; donde una catedral cristiana se levanta de entre los arcos de una vasta mezquita; donde hay peregrinos que van a visitar santuarios milagrosos en automóvil; donde se celebran corridas de toros para fines de beneficencia; donde todas las doncellas tienen que educarse en los conventos, y donde la coeducación ha hallado su más plena expresión (1); un país de espléndidas realizaciones individuales, pero donde el esfuerzo coordinado apenas si se conoce. Allí se halla un tanto por ciento enorme de ignorancia entre las masas y al mismo tiempo una selecta minoría de inspirados maestros que, como el Padre Manjón en las «Escuelas del Ave María», de Granada, esparce luz sobre comunidades enteras y enseña a generaciones de niños.

En un país tan variado no hay esperanza de poder llegar a generalizaciones de ninguna clase. Mas si no me es dado generalizar, si no puedo mostrar vistas panorámicas, guardo no obstante muchas vivas y variadas imágenes de España, fotografías parciales.

Durante los tres meses que pasé en Andalucía aprendí a amar esa tierra que a pesar de bañarla el sol, resulta seria, donde los labios sonríen pero los ojos se mantienen tristes, y donde una misteriosa nota melancólica deja oírse en todos los cantos de amor y de placer—una tierra donde la tradición paraliza la iniciativa, y donde existen verdaderas minas de literatura y tesoros históricos que aguardan a un nuevo Colón. Pronto la vida lenta de Sevilla empezó a dejar sentir en mí sus efectos. Había una especie de encanto insidioso en la irrespetuosidad por cualquier sistema uniforme de vida. Cualquiera hora parecía buena para hacer cualquier cosa ó para

(1) Se refiere seguramente la autora a la «Institución Libre de Enseñanza», de que habla más adelante.

no hacer nada. La frase «Un día de éstos», oída á cada paso, fué adquiriendo un lugar de importancia en el vocabulario propio. Aprendí á amar la obligación diaria de «tomar el sol» en el invierno, y aprendí á deambular con feliz vagancia por las singulares calles antiguas, contemplando con alegría los recuerdos de pasadas grandezas. No iba especialmente en busca de cosas antiguas ni modernas; la edad pintoresca me dejaba ya satisfecha.

Un día, hallándome en este estado de ánimo, nuestro servicial Cónsul americano en Sevilla habló de una ida al barrio de Triana. Triana, según se nos había contado siempre, era el lugar donde residía el pueblo bajo; y siempre nos habían advertido que no fuéramos allá si no queríamos que los ladrones nos lo robaran todo, hasta la misma ropa puesta. Recordando estos augurios, mucho agradecía la compañía de nuestro robusto Cónsul. Mas como suele suceder, que cuando nada se espera se reciben las mejores sorpresas, nosotros, que nada esperábamos en el sentido de cultura moderna, de pronto nos hallamos con ella. La sorpresa nos la proporcionó un edificio que se destacaba singularmente de los otros de aquella barriada. Después de andar penosamente por calles de duro piso desigual y después de haber sido seguidos por un número de mocetones de cara murillesca, salimos finalmente á una calle anchurosa; y allí se hallaba el edificio. Construido de aseados ladrillos castaños, era ancho, bajo y espacioso. Encima de la puerta principal se hallaba una inscripción que decía que había sido fundado en mayo de 1910. Sobre otras dos puertas laterales campeaban respectivamente las inscripciones «Escuela de Niñas» y «Escuela de Niños» (1). Entramos y nos hallamos ante un caballero agradable que estaba ocupado con un grupo de alumnos de limpias caras, los cuales llevaban una larga bata uniforme de hilo crudo. Le preguntamos si podría visitarse la escuela y al momento se puso cortesmente á nuestras órdenes para enseñárnosla. Era la semana de las vacaciones de Navidad y nos extrañó ver niños en las aulas. A nuestra pregunta respondió el maestro, encogiéndose de hombros: «No puedo quitármelos de encima y les estoy dedicando mis horas».

El edificio, de la descripción más moderna, tiene la forma de un bloque vacío. En un lado se hallan las aulas graduadas de las niñas y en el otro las de los niños. En la parte del norte está emplazado el gran gimnasio, que lo usan niñas y niños indistintamente. Encima del gimnasio hay las salas donde se enseña el dibujo. En la parte sur, están situadas las dependencias administrativas, y sobre ellas hay la sala de actos. En el centro del edificio se halla el patio, al cual un muro central divide en dos, uno para niños y otro para niñas.

La capacidad de las aulas es de cuarenta alumnos justos. En ellas se nota una escrupulosa limpieza, abundancia de luz, buen sistema de ventilación, y los púpitres son modernos. El uniforme escolar de los niños es de color moreno, mientras que las niñas usan sus batas de color de rosa, «por razones de estética», como nos informó sonriendo el simpático director. En cada piso hay dos gabinetes lavatorios, en los cuales se ven gran número de jofainas de porcelana y agua corriente en abundancia.

El trabajo escolar está graduado para los alumnos, de desde la edad de tres años para las niñas y de desde la de seis para los niños; hasta los quince á diez y seis años. La escuela está siempre llena y hay una lista de más de doscientos esperando turno. Según nos dijo el director, se quiere introducir gradualmente la coeducación, habiéndose empezado por tener el gimnasio y ciertas diversiones en común. Hay el proyecto de construir un teatro donde los niños y niñas puedan representar obras teatrales. Este será otro paso más hacia la coeducación. Volvimos á visitar la escuela otro día, cuando las clases se habían ya reanudado, impresionándonos favorablemente el orden y disciplina de las aulas y la aptitud del profesorado (1). Al abandonar Sevilla, una de las impresiones más vivas que me llevé fué la de esa activa, moderna, «up to date», y desinteresada obra educacional del famoso barrio de Triana.

Diría que la virtud nacional que los americanos cultivan con menor ahinco es la modestia. En general, los americanos llevamos con nosotros un sentido de lo que hemos realizado, y algunas veces andamos tan preocupados con su agradable sensación, que no aperecimos ó no apreciamos lo que otros pueblos han realizado. Es más ó menos natural para nosotros el anunciarnos á nosotros mismos hablando de nuestras cosas; y esto no es siempre por el prurito de querer sobresalir, sino llevados á menudo de un amistoso deseo de hacer que los otros se enteren de una cosa buena. Esta tendencia auto-laudatoria se halla de manifiesto en nuestras cosas educacionales tanto como en las comerciales; y nos inclinamos á creer que nosotros hemos sido los triunfantes «pioneers» ó innovadores, y tal vez los únicos, en materias pedagógicas. Digo todo esto para explicar en cierto modo mi sensación de sorpresa y de descubrimiento cuando por primera vez me enteré, por mí misma, de la obra de la «Institución Libre de Enseñanza».

Había residido ya varias semanas en Madrid antes de que nadie me hablara de tal escuela; y entonces un hado amigo, junto con una carta de presentación, me llevó á ella. Casi sobra el explicar

que esa escuela fué fundada hace ya más de treinta años por su actual «leader» ó director, el cual era en aquel tiempo profesor de la Universidad. Se salió de la Universidad por que no se le dejaba enseñar allí con la independencia de criterio que él deseaba, y pronto su proceder fué imitado por otros. Formóse una asociación á base de suscripciones, y se fundó la escuela.

Llamamos á la puerta de la institución y se nos introdujo á un lindo jardín lleno de árboles y de arbustos y con tortuosos pasillos. Al pedir por el director se nos presentó un viejecito de cara simpática é inteligente que parecía estar temblando de frío. Nos recibió con perfecta cordialidad y nos enteró de muchas cosas que deseábamos saber. Nos habló con espíritu siempre entusiasta, de los años de trabajo obscuro y paciente, de los desengaños sufridos y de los éxitos alcanzados. Su idea ha sido siempre educar á los dos sexos á la vez de una manera simple y natural. Según vimos, no cree en la teoría del individualismo de Rousseau, ni tampoco en la táctica alemana de autoridad é imperialismo; tiene la teoría del grupo. Los alumnos deben aprender á vivir juntos, á respetarse los unos á los otros, de manera que se hagan mutuas concesiones á su ignorancia ó á su atraso. En la institución no se acepta á los anormales, pero se tiene indistintamente á ricos y á pobres.

Los sueldos de los profesores de la «Institución Libre de Enseñanza» son muy pequeños; y muchos antiguos alumnos que han devenido ya famosos, ofrecen sus servicios. A mi admirativa exclamación al enterarme de la abnegación de aquellos maestros, el amable director repuso: «No, no, no tiene nada de extraordinario — no es generosidad. La persona que posee el don divino de la enseñanza, no quiere que se le pague para ejercer su arte».

«¿Fué difícil al principio convencer á los padres de que la coeducación es una cosa perfectamente natural, con maestros idóneos y conscientes de su misión?» hube de preguntarle. «Sí; al principio nos costó mucho el darlo á entender», contestó, «más ahora ya á nadie extraña. Nosotros les permitimos á los niños entera libertad de relaciones sociales, desde el «kindergarten» hasta que nos dejan, á la edad de los diez y ocho años. Juegan juntos, están juntos en una misma aula, juntos van á las excursiones, bajo una vigilancia prudente y discreta pero no obtrusiva.»

Rogamos nos enseñaran las aulas y los laboratorios, y el director, al acompañarnos á ellos, nos decía: «Nuestro equipo es todo muy malo, muy malo; nuestras aulas son pequeñas y no tenemos sala de biblioteca, teniendo que colocar los libros en todas partes; más nuestros niños aman el trabajo, y algunas veces pienso que si tuviéramos riquezas y lujos tal vez no fuésemos tan leales y felices».

(1) La autora se refiere al grupo escolar «Reina Victoria».

(1) El traductor se permite apuntar una nota más. Cuando en mayo último visitó esta escuela de Triana, le sorprendió agradablemente el ver en una de las salitas accesorias de niñas, un pequeño altar con una imagen de la Virgen, llena de flores, donde las alumnas celebraban las funciones del «Mes de María».

Conversamos agradablemente sobre cosas de educación y nos fuimos finalmente, convencidos de que habíamos estado en presencia de un alma excepcional y dulce, de un idealista del tipo más alto, que ha dado su vida entera á una grande obra (1). No fué aquella la última visita que hicimos á la «Institución Libre de Enseñanza», y cada vez acentuábamos la impresión de que allí se estaba realizando una obra de una vasta importancia; una obra que no puede morir y que debe tener su influencia hasta en las partes más recónditas de España.

Después de haberme familiarizado con la «Institución» y su obra, no me sorprendió tanto al encontrarme, en mi viaje á Barcelona, con que allí un grupo de gente inteligente estaba dedicando sus mejores esfuerzos á la solución de los problemas educacionales; que había allí hombres que han estudiado en Inglaterra, en Suiza, en Francia, en Alemania y en los Estados Unidos, los cuales están aportando los resultados de su cultura extranjera á la obra cooperativa de establecer modernas instituciones de sólidos estudios y de cultura liberal. Una visita que hice un día, al caer de la tarde, al singular «Colegio Mont d'Or», situado en

una colina cerca de Tarrasa, me dió más confianza en el porvenir de España due ninguna otra cosa que viera en mi viaje; pues allí pude ver como la cultura y la inteligencia más altas se habían unido á un desinterés perfecto para trabajar juntos por el bien de futuras generaciones, sin esperanza de presente recompensa material.

Cuando una nación puede presentar semejantes ejemplos de pura devoción y de noble idealismo, no hay razón de dar cabida al pesimismo. España sabrá conquistar los puntos tenebrosos de superstición é ignorancia que pueda albergar en sí misma, como en otros tiempos supo conquistar los misteriosos países de ultramar. Y para esta moderna lucha por la cultura, le queda todavía el mismo valor intrépido de antaño. ¡Ojalá sean las recompensas de esta moderna inquietud, infinitamente más preciosas de lo que lo fueran los galeones cargados de oro y plata que partieron de las costas de las lejanas Indias!

ELIZABETH WALLACE

Universidad de Chicago.

(Trad. por Eladio Homs).

(1) El traductor no puede aguantar por más tiempo el nombre de su ilustre y queridísimo amigo á quien la profesora de Chicago tributa tan merecidos elogios: es don Francisco Giner de los Rios, nombre que no es todo lo conocido que debiera entre nuestra juventud.

Juventud Española

(Estudios y pensiones)

Estos días he tenido ocasión de saludar á unos antiguos compañeros de estudios que parten el próximo septiembre para el extranjero. Concluyeron aquí los cursos oficiales, y su entusiasmo les lleva á buscar en las hospitalarias aulas de las Universidades extranjeras, ampliaciones y nortes que, según parece, no pueden ser aquí enseñados. El despido confieso que me ha causado cierta tristeza; no hay para menos cuando uno piensa en la emigración espiritual de la juventud española, y, sobre todo, cuando uno considera las desfavorables condiciones en que ella tiene lugar.

Ofrecen todos ellos una nota simpática: y es que, con grandes ahorros dos de ellos, y con desprendimiento poco común los demás, buscan en el propio esfuerzo y no en el del Estado el sufragio de tales viajes; porque como todo á cuanto llega la uniformidad rutinaria y burócrata de un Ministerio ofrece el peligro de la ineficacia, ya que el problema de la emigración escolar, mucho más que de presupuesto, es de verdadero aprovechamiento de energías. Bien es verdad que es laudable se fomenten estos viajes de estudios que sirvan para dar estímulo á los pocos que quieran seriamente aprovecharse de una especialidad determinada, que será esa renovación del espíritu lo que, bien cuidado, podrá marcar un rumbo nuevo para la vida social española. Pero es público que en este último período, se han prodigado las pensiones y prebendas de una manera que, en buena parte, se encargarán los futuros días de decir que ha sido infructuosa, precisamente porque esta grave actualidad es obra de selección más que distribución, y aun más, es obra de aprovechamiento y concentración.

Como muchos de los aspectos de la cuestión pedagógica española, ha adolecido la de pensiones escolares de graves defectos: por un momento, nos convino decir que era necesaria esta emigración escolar; luchóse luego con la penuria del Tesoro, pero, andando el tiempo, solventóse esta dificultad, y, decididamente ahora, gobernantes y gobernados, han creído que el sólo hecho de viajar por el extranjero, recorriendo las universidades, aires ajenos vendrían con ellos á regenerarnos. Y con este optimismo nos hemos lanzado á la empresa, y cada día se sienten nuevas ansias de pasar la frontera y buscar, más allá de ella, lo que con buena voluntad tenemos entre nosotros. Tal bello gesto se considera como patente de sabiduría, y, debido también á nuestro carác-

ter, hemos lanzado oprobios y desprecios á la enseñanza, á los métodos y á los profesores españoles, despreciándolos por todos aquellos que formaron y nutrieron el criterio de quien, vuelto al hogar, hace la crítica. Y empieza así la peregrina situación de no saber cuáles son mejores, porque cada uno viene enamorado de los suyos. Y dejando á un lado estas dos corrientes del pensamiento político y social de España, divididas en dos amores, Francia é Inglaterra, vienen los ufanos pensionados elogiando, unos Alemania, Bélgica otros, Suiza los demás, y cantan otras loanzas á los poderosos Estados Unidos, que, no puede negarse, saben también trabajar seriamente. Convienen en que las universidades españolas son un mito; dicen otros, que son una vergüenza y que es imposible salir de ellas con buenos conocimientos. Pero, en fin, ya que nos perdonen tan indiscretos críticos, que podemos burlarnos de aquella su ciencia que nos ha traído tantas cosas, dejando, según parece, la famosa virtud del sabio, que es el sentido común.

Este proceder indiscreto, tan español por cierto, de repudiar de todo lo nuestro y encomiar sin reservas lo extranjero, parece contradecir la razón natural y el claro criterio de las cosas, y es de doler muchísimo el que suceda así. Pocas instituciones como nuestra vida académica oficial habrán sufrido tantos sinsabores como le dan estas críticas apaciguadas, en torno de la que va perdiéndose la formación de nuestro carácter y va perdiendo terreno la creación de una ciencia y de una conciencia españolas; dígame si no es este el espectáculo de unos años para acá en que intelectuales y periodistas dieron á nuestra juventud el grito de un fuerte pesimismo, olvidando el más necesario de la confianza en las propias energías que, con ser hoy muchas y valiosas, nada suponen y nada hacen porque se pierde en elegías toda labor constructiva. Y profesores y discípulos, cuando recién llegados del extranjero, pretenden arreglar la organización de la enseñanza y la formación de las juventudes universitarias, fracasan porque, antes que hacer una labor eminentemente nacional, se preocupan de la imitación servil, á veces pintoresca, impropia de nuestro ambiente, de la forma extensa de aquella labor pedagógica sin atender á su espíritu; y entonces, por brillante que sea el entusiasmo primero, es débil y se vuelve pesimista muy pronto.

Las contradicciones son, por demás, caprichosas, llenas de curiosidad. El más distin-

GRAN BALNEARIO DE ESPLUGA DE FRANCOLÍ

Estación de Ferrocarril -- Provincia de Tarragona -- Cerca del célebre «Monasterio de Poblet»

Agua Ferrosa Bicarbonatada Radioactiva, cura la Cloroanemia, Debilidad general, Dispepsias Atónicas, etc., siedo soberana para facilitar el desarrollo de las jóvenes

HOTEL VILLA ENGRACIA
DE PRIMER ORDEN

ABIERTO HASTA FIN DE SEPTIEMBRE

CHALETS AMUEBLADOS
DE TODOS PRECIOS



BAÑOS
HIDROTERAPIA

MAGNIFICAS EXCURSIONES
ILUMINACIÓN ELÉCTRICA

Informes y alquiler de Chalets en Barcelona, calle del Bruch, 114, pral. - Teléfono núm. 3782

guido de los amigos que despedí hace poco, es estudiante en derecho, y éste abandona la patria tradicional «de los abogados» para estudiar en París primero, y en Alemania después, orientaciones de derecho romano; pero téngase en cuenta el formidable y riquísimo caudal de ciencia jurídica, de hombres é ideas de España, que existe sin ninguna virtualidad, sin que aproveche á nadie que quiera aprender. La filosofía del derecho yo dudo que pudiera haber país más á propósito donde estudiarlo como en España, donde, como recordó Joaquín Costa, existe con una riqueza, valor y colorido sin par esta manifestación espléndida de los derechos forales y esta evolución romanista del Derecho propio catalán con una literatura y una tradición llena de valor jurídico, que se trasluce ora plácida y sonriente en libros y en obras, ó que se muestra con lozanía en la vida espontánea de nuestra nacionalidad; el derecho romano tuvo entre nosotros inolvidables cultivadores cuyas obras nosotros asesinamos—si la expresión vale—con nuestra pasividad, no cuidando de que los materiales riquísimos que ellos nos ofrecían alcanzasen la adaptación al sentir y á la labor que se impone en la actualidad. ¡Y digamos ahora que en España no puede hacerse nada para estudiar el Derecho! con revivir tanta joya como yace olvidada en archivos y bibliotecas, tendríamos la base para la creación de una tendencia de la moderna escuela jurídica española. Mientras tanto, que vaya un amigo al extranjero, que emigre para saber á plena conciencia todo ese caudal que tiene su patria olvidado y sin energías, de cuyas orientaciones pudo brotar toda esa ciencia que nos dan hoy pastada.

Sí, evidentemente; no todo se arregla con las pensiones al extranjero hechas sin medida, porque á más de la visión de aquellos métodos y procedimientos, hay que cerciorarse de lo mucho que tenemos por hacer entre nosotros, reflexionando un momento sobre el peligro que un proceder abusivo podría darnos para nuestra desnacionalización; porque ya se sabe lo que acontece en este linaje de cosas: se empieza por adorar el ídolo de una ciencia y de un método extranjeros y se concluye por andar divagando en interpretaciones de su política, de su vida social, de las reformas religiosas, á veces, de los diversos países visitados, Y así registrando la prensa diaria y periódico de estos últimos años ¿cuántos no fueron los largos comentarios á lo que en todos los órdenes ha venido haciendo Alemania, Francia, Inglaterra, Estados Unidos, etc.? ¿Cuántas las esperanzas infundadas que estas lecturas estimulantes nos produjeron por un momento? Cada una un criterio, cada criterio una orientación diferente; y he aquí como una voluntariosa juventud, lejos de ser orientada, anda pugnando por desasirse en esta desorientación, que viene á complicar cada pensionado erigido en cuatro de su fracción, con todos los peligros que ofrece el criterio político del que escribe, su sectarismo religioso y sus tradiciones sociales, libérrimamente traducidas, de los que sus ojos ven ó creen ver. Y la juventud española se encuentra entre riesgos adversos, ¡germanizaos! claman las derechas; ¡francesaos! gritan las izquierdas, y aquellos de los intelectuales que adoran un eclecticismo, que en vano intentamos copiar, os aconsejan inspirar la política y la vida social española en la pujante y vigorosa de la admirable Inglaterra; y ante ello es doloroso confesar que no

llega á resonar la voz augusta que pidiera la «nacionalización» de todas nuestras energías, ciencia, arte, sociología, política en fin, que ansiadamente se espera de la generación nueva.

Todos los órdenes de ideas adolecen de tales peligros entre los cuales los jóvenes se ven confundidos en la más desapiadada crueldad; y si las pensiones escolares, si estas romerías científicas hacia tierras extranjeras pueden servir para algo, es para ser allí el estímulo de los verdaderos obreros del trabajo; estímulo que, de hecho, al volver aquí, anda en constante ocasión de convertirse en una semi-caballería andante de las ideas y de los procedimientos que, por desgracia, es también actitud muy española, que se muestra en lirismos y que se pierde en la más impotente de las indiferencias; porque aunque lleguen entre nosotros varias docenas de intelectuales, se encuentran entre la hostilidad del ambiente impropio por su frenesí político, por su fragmentaria evolución entre avances y retrocesos, completamente hostil á toda sosegada y fecundante labor de estudio, y falta de este amor coleccionista á la ciencia en las clases directoras, de entre las cuales, las más prevenidas, con cierto comprensible egoísmo, orientan sólo para sí, para sus éxitos profesionales exclusivamente, todo el tesoro de conocimientos adquiridos. Y es por que, ello si sería una majadería negar á España, concretamente, abogados eminentes, sabios médicos, ingenieros peritísimos; sin una grande, es una dolorosa verdad, que la juventud española resta en quietud, sin un amor ferviente al estudio, en ansia por ese renovamiento espiritual, base de nuestra estabilidad y de una evolución consciente y serena.

Se impone, pues, una «colonización interior de los espíritus», tanto más necesaria que la de los intereses materiales, puesto que no está solamente en las aulas universitarias, sino en todas las actitudes de nuestra vida, en cada uno de los momentos que nos sea dable aprovechar. Bien se verá que ello ofrece una profunda transformación de nuestra pedagogía social, arraigando en nuestro carácter y convirtiendo á España en una gran cátedra, cuya benéfica influencia se extienda más allá de Institutos, Colegios y Universidades, en obra de reconcentración de nuestro espíritu y de nuestra vida y el regazo maternal de nuestra tradición, como hacen nuestras idolatradas maestras, las nociones que nos educan; pues, tengo para mí, que todas ellas serían bien poca cosa si no fueran una cátedra de amor á la verdad y una escuela del trabajo. Nuestra intervención cultural es un problema de pereza; frente al hecho de la positiva actividad de los extranjeros y de esta pereza, ante todo, debemos corregirnos.

Mientras á nuestra juventud se le diga: estudia para abogado, que esa es la carrera imprescindible para venir con la fortuna de un empleo oficial; sigue para médico, que en el último rincón del mundo tendrás, con las enfermedades de tus semejantes, el pan seguro y fácil; estudia para ingeniero, que emplearse en una fábrica es cosa de pocos empeños; desprecia dos años para intentar fortuna en una colocación de Correos ó Telégrafos, que el Estado es quien con más garantías da el sueldo, toda labor será insuficiente, toda ciencia será una vergonzosa paradoja. Y es vano empeño que los más aventajados vayan al extranjero; allí irán sólo á acariciar lejanas esperanzas, frustradas luego aquí, en lucha constante con ama-

menses de la ciencia, muy lejos de llegar á profesionales. Por esto la acción común debe de ser no sólo de fomento de las pensiones escolares, sino también de procurar un ambiente favorable á los estudiosos, á fin de que venga, con el renovamiento de la juventud, la total de la raza, de nuestra hoy indiscifrable nacionalidad.

Quienes serenamente han mirado la cuestión, se han convencido de que faltaba aprovechar estas fuerzas jóvenes educadas, á fin de que sean algo más que castillos aislados de fortaleza espiritual; este camino de abandono nos demostró hasta hoy que bien poco influyó en pró del avance de España una joven y atómica generación de estudiosos: que sabrán á estudiar para sí, pero que no sabrán comunicar la inquietud del estudio.

En este sentido, interesa al Gobierno y á las Corporaciones, orientar de muy otro modo la satisfacción de la función oficial y pública de las pensiones al extranjero, beneficiando con ellas, preferentemente á pedagogos y maestros y profesores, ¡que puedan ofrecernos el zumo sabroso de la actividad espiritual extranjera. Ellos, preferentemente y por la autoridad que tienen sobre los espíritus encomendados á su dirección, serían quienes ejercerían esta transformación que el actual proceder no sabe alcanzar. Porque aunque se diga que el problema cultural de España sea el de la escuela, principalmente, hay que reconocer que buena parte del mismo, por no decir la totalidad, es problema de educación social, en el sentido de que nada podrá utilizarse si antes no se hace revivir ¡en las conciencias, las ideas de moralidad y de deber! ¿No está ello hoy muy demudado en todas partes y en todas las aulas, donde para nada se atiende á fomentar y á ilustrar las vocaciones? Este desatino es indudable, y esta indiferencia en buscar la fuerza motriz primera, no la corregirán los jóvenes con su ciencia, si antes las influyentes clases directoras no preparan el espíritu de las colectividades. Y en ello no todo es el método servilmente copiado de alguna parte, por avanzada que esté; nuestra resurrección debe venir con el examen prudente de nuestras aptitudes y de nuestra actividad, aunque sea beneficiosa la visión ajena para procurarnos la prudente elección de sistemas y detalles que en sus gracias y en sus defectos tiene cada nación. Porque, repítámoslo, hacer de nuestras escuelas un espejo de la pedagogía germánica, inglesa, suiza ó francesa, tendrá muy poca eficacia, y, poco á poco, nuestra independencia espiritual se verá burlada; este es el caso de nuestro actual estado pedagógico que nos proporcionó nuestra admiración ferviente por el uniformismo francés y por su centralización; y mientras Francia ocupa una gallarda posición en el mundo científico; nuestra raza perdura en el atraso, luego señal es de que antes que ideas y cosas, hemos de procurarnos voluntades y hombres.

Váyase viendo como lo primero que hemos de procurar es la reforma de nuestro carácter con todos sus atributos y mercedes; la formación del carácter de nuestra juventud para que tenga más alto vuelo que el menguado de ir copiando las grandes ideas que se nos prestan hoy; para que «tengan ideas propias» los españoles eternamente jóvenes é infatigables de espíritu. Lo demás, libros, revistas, ideas, etc., que hoy quiere proporcionarse *a priori* á la juventud española, vendría con el tiempo, con la necesidad misma con que llega á nues-

tros labios el pan y á nuestra garganta el agua. Y si nuestros pensionados saben deducir de su estancia en el extranjero este sentimiento de alta humanidad, tendrán para sí buena parte de la victoria. No les «causará asco», entonces, mirar de cerca á España; no «encontrarán ridícula»

la juventud española y sentirán á lo sumo un sincero amor por esa hoy señolienta vida, que siente ansia de despertar bien pronto, que espera sólo una ocasión favorable que para el despertar se ofrezca.

CARLOS CREHUET

Información sobre la Mortalidad en Barcelona

Hablan los médicos

Informe del Dr. Enrique O. Raduá

Damos por cerrada la información comenzada en el número del 15 de abril, con la opinión del ilustrado médico y sociólogo, director de la Sección de Estadística demográfica del Cuerpo Médico Municipal de la Ciudad de Barcelona.

Habiéndonos cabido el honor de entrevistarnos con el eminente facultativo con ocasión de la información que proyectábamos, refiriéndonos éste los trabajos de reorganización del servicio demográfico-sanitario que dicha sección está bajo su dirección llevando á cabo desde octubre del año pasado, en que fué reestablecida, con el objeto de obtener una rectificación, lo más exacta que sea posible, del contingente de defunciones que ocurren en la Ciudad de Barcelona, así como la clasificación más minuciosa y escrupulosa que pueda conseguirse para saber con absoluta certeza la naturaleza y circunstancias de dichas defunciones, con cuyos datos podríase, una vez asegurado el servicio, conocer con precisión *el verdadero coeficiente de la mortalidad de Barcelona*.

Enumeró las dificultades con que ésta tropieza para la determinación exacta y sistemática de dicho coeficiente y los variados problemas demográficos que un perfecto servicio de estadística está llamado no á resolver pero sí á iluminar claramente para facilitar su resolución. Entre los diferentes estudios médicos á que el Dr. Raduá dedica su atención, los hay de índole social sumamente interesantes. Uno de ellos es la nupcialidad, y dentro de ella la cuestión, virgen hasta ahora de estudio, de los entronques, basado en la comparación entre la naturaleza de los contrayentes, para determinar la proporción creciente ó decreciente en que la sanguinidad genuina barcelonesa ó catalana entra en los enlaces, estudio tanto más importante cuanto de los resultados que las estadísticas arrojan se patentizará el predominio de asimilación de la Ciudad de Barcelona ó el de la invasión forastera.

El Dr. Raduá publica en su excelente revista *Medicina Social*, los resultados constantes de sus estudios así como las estadísticas mensuales de defunciones por enfermedades. Otra de sus investigaciones peculiares es la determinación de la mortalidad por las enfermedades endémicas y el verdadero estrago causado por éstas en los habitantes y vecinos de Barcelona, descontando la cifra producida por Hospitales, Clínicas, Asilos, etc., que se acumula hoy día á la mortalidad general de la Ciudad, con aumento considerable del coeficiente, y perjuicio para la misma. Otro de sus trabajos, el estudio demográfico del cáncer, reviste un interés extraordinario por aparecer desprenderse del mismo, al tiempo que un crecimiento real de dicha terrible plaga, una especie de

relativa inmunidad para los hijos de Barcelona, que ofrecen una cifra proporcional de atacados muchísimo menor que los del resto de Cataluña.

Opina, ó por mejor decir presiente el doctor Raduá, que la cifra real de la mortalidad será, al conocerse definitivamente, bastante menor que la que consta en los datos oficiales del día. Pero que es todavía exagerada y ello se debe á la falta de higiene introducida y aumentada cada día más, por la gran cantidad de inmigrantes de fuera de Cataluña, que ponen en compromiso la paz, la política, la higiene, el precio de la mano de obra, la salud, la moralidad y las costumbres, siendo campo abonado á determinadas enfermedades y terminando con la desbarcelonización de la ciudad y el aumento de la mortalidad.

El Dr. Raduá había fijado sus anteriores estudios en la obra titulada *«Etiología de la mortalidad en la urbe barcelonesa y manera de disminuirla»*.—Memoria premiada con el premio Bonet por la Academia del Cuerpo Médico Municipal, en el año 1904, y publicada en 1905.

De esta interesantísima Memoria extractamos algunos datos que juzgamos han de aportar nueva luz á nuestra Información, y, al propio tiempo, señalamos la referida publicación á todos los que se ocupen en esas graves materias, pues el hecho de haber sido escrita hace ya varios años no le quita por ahora su vibrante valor de actualidad.

El Dr. Bertillon, el célebre estadígrafo francés, juzga prematura la muerte antes de los 70 años. Pues bien, en Barcelona, según los cálculos del Dr. Luis Comenge, la vida media parece ser solamente de 32 años y medio. Y aun Cerdá, el famoso urbanizador de Barcelona, calculó este término medio en poco más de 28 años. Desconsoladora es la cifra, aunque debemos considerar que la mayor parte de las ciudades de España ofrecen todavía mayor coeficiente de mortalidad. Pero así como en las ciudades extranjeras se ha podido y logrado disminuir en mucho el número de defunciones, una parecida proporción hace aumentar recíprocamente la longevidad. Y lo que es factible en el extranjero debe serlo asimismo en Barcelona. Estas consideraciones indujeron al Dr. Raduá á formularse las preguntas siguientes: ¿De qué se muere en Barcelona? ¿Qué enfermedades matan en Barcelona? ¿Cuáles grupos nosopáticos concurren á la mortalidad en ella?

«Desde el primer momento, dice el autor, vése poderosamente solicitada la atención por el crecido número de óbitos determinados por las enfermedades llamadas *evitables*. Una población donde cerca del 44 por ciento de aquellos se deben á las enfermedades

infecciosas, delata su incuria y la de sus administradores».

«El gran contingente ofrecido por las enfermedades del aparato digestivo, basta para aseverar, sin ningún asomo de duda, cuán poco preocupa en Barcelona el cumplimiento de las prácticas establecidas por las *Ordenanzas Municipales* respecto á policía bromatológica, indudablemente las más fáciles de cumplir, como son las enfermedades por dichas transgresiones producidas, entre las comunes, las más fáciles de evitar».

Es interesante el capítulo dedicado á evaluar económicamente el exceso de pérdida de vidas producido por las malas condiciones higiénicas de la Ciudad. Partiendo de unas frases de Rochard, quien con Paget, Chadwick, Farr y otros, ocupóse hace tiempo de este aspecto social de la mortalidad: *«Para las sociedades el despilfarro de la vida humana es el gusto más ruinoso de todos»*, llega á formular la conclusión de que el exceso de pérdidas de vidas humanas representa para Barcelona un quebranto de 22 á 27 millones de pesetas al año.

Analiza detenidamente el autor los grupos de enfermedades causantes de las defunciones y pone al cabo de su estudio un cuadro en el que fija el *ciclo evolutivo* de las causas inmediatas de la mortalidad en Barcelona. De este cuadro se deduce que tienden á aumentar las defunciones por pulmonía, sífilis, reumatismos, meningitis, cardiopatías, coqueluche, peritonitis, neoplasia, vías urinarias, etc., tendiendo en cambio á la disminución, la tuberculosis, la tifoidea, difteria, viruela, disenteria, septicemias, escarlatina, paludismo, eclampsia, gastropatías, bronco y pneumopatías, etc. Llama sin embargo la atención, sobre las posibles inexactitudes de estos cálculos por los frecuentes errores en la clasificación estadística de las enfermedades causa de muertes, errores que la nueva organización dada por el Dr. Raduá á sus oficinas, tiende á disminuir sensiblemente. «Con todo, es innegable el efecto tranquilizador del esquema. Pero hay que fijarse en que las más de las enfermedades *que aumentan* son de *fácil disminución*, si la iniciativa pública y la privada se conciertan para ello».

Del estudio de las causas *inmediatas* de mortalidad pasa al de las *mediatas* (cósmicas, urbanas, sociales, bromatológicas, etcétera, etc.) En cuanto á la climatología, afirma la benignidad general del clima de Barcelona y de relativamente escasa influencia en la alta cifra de óbitos. En cambio, una de las causas más decisivas es la del orden de la alimentación, que es en Barcelona cara y mala. La policía bromatológica está en mantillas permitiendo adulteraciones y falsificaciones en gran escala. Con conocimiento de causa y frase viva, realiza el autor un exámen de las más corrientes falsificaciones en los alimentos en Barcelona. Además de estos abusos de industriales sin conciencia, acusa dentro las causas bromatológicas la falta de inteligencia de los padres de familia para el cuidado de los niños, así como también la escasa potabilidad de muchas aguas de que se surten los barceloneses.

No son despreciables las circunstancias referentes al medio educativo, particularmente al *medio escolar* propiamente dicho, sobre todo, en cuanto á la *nula ó casi tal* cultura física general, de cuya omisión culpable, pueden sufrir los niños terribles consecuencias. Es excesiva la mortalidad de niños en Barcelona, formando

el 37% del coeficiente total, tanto más espantosa proporción cuanto pudierase realmente evitar la propagación de muchas enfermedades endémicas.

Las malas condiciones de una gran parte de habitaciones antiguas en Barcelona, fomenta las enfermedades contagiosas y la mortalidad. Estos accidentes son descritos con abundancia de detalles, sugestivos con frecuencia, sobre la influencia social de las habitaciones, del hacinamiento de las calles del casco antiguo, que, afortunadamente, van siendo derribadas por la Reforma. Recuerda además, que solamente se dispone de 83 litros de agua por habitante, en Barcelona, cuando se solicitan de 250 á 500 por los modernos urbanizadores

En cuanto á las causas de orden social, una de las más importantes es el aumento del precio de coste de las materias alimenticias, sin que á ello corresponda un aumento de salarios, y sin que nadie se preocupe seriamente de la cuestión.

En un cuadro se ven los precios de artículos de primera necesidad con las enormes subidas que han sufrido, en comparación con años anteriores. Sueldo insuficiente significa mala alimentación, y esto produce anemias, y de la anemia á la tuberculosis y á otras enfermedades no menos voraces, no hay más que un paso.

La segunda parte de la Memoria está consagrada á la *Profilaxia* de la mortalidad en Barcelona, considerada y estudiada asimismo desde todos los terrenos en los que se ha buscado la Etiología. En cuanto á las enfermedades infecciosas reclama el riguroso cumplimiento de los tres sistemas: el aislamiento del enfermo, la organización de la desinfección y el recuento de los cadáveres infecciosos. En cuanto á la habitación, invoca la publicación de un *Código sanitario* que señale las circunstancias higiénicas más elementales á exigir en toda construcción: cubicación, servicio de agua, ventilación, etc. En cuanto á la policía de alimentos, reclama el establecimiento de cámaras frigoríficas y de la escrupulosísima regulación y vigilancia de las ordenanzas en mataderos, etc.

Seguidamente demuestra el Dr. Raduá la necesidad de una buena enseñanza civil y materna, de higiene y de educación física, aplicadas á todos los cursos, escuelas y carreras.

Con respecto á la vida y coexistencia en la ciudad, hay que convenir en limpiar la ciudad de las industrias de incómodos y anti-higiénicos mularares. De la misma manera deberíase librar á la ciudad de cuarteles, hospicios, cárceles, estableciendo estos edificios alrededor de la ciudad, con aire sano, y alejados de los núcleos de población. Y en cuanto á la cantidad de agua, que se rija la ciudad por el art. 139 de las ordenanzas municipales, y que asigna, por lo menos, 250 litros diarios por familia.

Propone, finalmente, la creación de hospitales de convalecencia, sanatorios; utillaje, sanatorio completado por otro utillaje de prevención y de facilitación de las condiciones de la vida: cooperativas, sindicatos, cajas, restaurantes económicos, instituciones maternas para parto y puerperio, etc., etc.

Acompañan á la Memoria una interesante serie de apéndices, con tablas estadísticas de diferentes aspectos y datos demográficos necesarios, de especialidades y de las enfermedades más terribles y comunes, enriquecidos todavía por datos demográficos sobre habitaciones, calles, cloacas, etc., etc.

Esto es lo que el Dr. Raduá nos envió para la publicación de su informe. Sentimos no disponer de mayor espacio para hacer del mismo un extracto más detallado; pero basta lo consignado para dar idea de la importancia que los estudios del Jefe del servicio

Demográfico-Sanitario tienen para el objeto de nuestra encuesta.

Damos gracias al Dr. Raduá por su amabilidad y en el número próximo publicaremos el resumen general y conclusiones de la Información.

== La Cuestión de la Moral Pública == en Cataluña y en el Extranjero

La información de "La Revue" sobre la Criminalidad y la Prensa

«La criminalidad aumenta constantemente, sobre todo, la criminalidad juvenil. Según la relación del Guarda Sellos (Ministro de la Justicia), referente al año 1909, la cifra de los crímenes y delitos—asesinatos, golpes y heridas, violaciones, robos, etc.—es proporcionalmente mucho más elevada para los menores de 16 á 20 años que para los mayores. Además de las causas sociales y económicas, los dos grandes factores que han acelerado en Francia el movimiento de la criminalidad, son la ley sobre la libertad absoluta de la expedición de bebidas y la ley sobre la libertad absoluta de la prensa. ., que en la práctica han resultado establecer la completa libertad del envenenamiento físico y del envenenamiento moral del pueblo». «El alcoholismo en Francia ha pasado del quinto lugar al primero. . . El abuso de licores fuertes ha embrutecido poblaciones como las de la Normandía, tan rica poco há en hombres fuertes y vigorosos. . . A la salida de las Escuelas, en París, se reparten á los niños más de 50,000 periódicos pornográficos y anuncios de libros obscenos».

Con esta visión panorámica encabeza el famoso filósofo, sociólogo y moralista francés, Alfredo Fouillée, el informe con que ha acudido á la encuesta abierta por «La Revue», de París, y cuyas contestaciones fueron publicadas en los números de la conocida y autorizada revista, correspondientes á las fechas 15 diciembre 1910, 15 de enero y 15 febrero 1911. Esta encuesta parte de la afirmación sentada por aquella Redacción, del «papel nefasto que desempeña cierta prensa en el aumento de la criminalidad contemporánea, y que es hoy día un hecho adquirido. No se trata de trazar el diagnóstico, se trata, sobre todo, de encontrar el mejor medio de curar la enfermedad. Y á este efecto, ha creído útil suplicar á las personalidades más eminentes y más autorizadas, en todos los dominios de la actividad intelectual y social de Francia, un auxilio para resolver este problema».

No es nuevo el ocuparse seriamente, en Francia y en las otras naciones europeas, los más renombrados escritores de uno de los más terribles aspectos de la general perversión de la moral privada y pública en los tiempos modernos. Desde el Congreso internacional contra la literatura inmoral y la publicidad de los hechos criminales que tuvo lugar ya en Lausana (Suiza) el año 1903, hasta la disposición del Gobierno francés á principios del 1910, prohibiendo la ilustración de detalles de crímenes en los diarios, disposición que levantó fuertes protestas de

Jacques D'Hur, en «Le Journal», y de otros dogmatistas y ultrancistas de la suprema libertad de la prensa, disposición que por otra parte, la observación, y la misma encuesta de «La Revue», demuestran no haber tenido eficacia, no han cesado de tentarse intervenciones oficiales y literarias, sin contar algunos acuerdos por parte de los periodistas mismos en el mismo sentido abstencionista, infructuosas siempre.

El conjunto de valiosas opiniones reunidas en las páginas del colega parisiense, es una mina de documentación de valor inmenso y actualísimo, apreciar para el estado de la moral pública en Francia y para tomar de ello saludable ejemplo para nuestro país.

En primer lugar es notable la constatación en que en absoluto (salvo una reserva de Maurice Donnay) convienen todos los informantes,—cuyos nombres son sobradamente conocidos y merecedores de reputación europea y que pertenecen por otra parte á distintos campos políticos y religiosos,—del aumento evidente de la criminalidad. El hecho de mayor relieve que caracteriza á esta afirmación es el de el creciente contingente que los jóvenes aportan á la misma.

La influencia de los relatos periodísticos en el aumento de la criminalidad, es asimismo admitida por casi todos los informantes, discutiéndose por parte de algunos, entre ellos, por cierto, el ilustre biólogo Dr. Grasset, la intensidad de esta influencia.

Pero la causa primordial de la contemporánea depravación es señalada por todos en la falta de educación en los jóvenes y en el público. *Cuantitativamente* considerando el problema, se denuncia la poca eficacia de las leyes de instrucción obligatoria. «Más de un tercio de los niños de Francia no va á la escuela, dice Mr. Fouillée, y el número de analfabetos ha aumentado en dos años, en lugar de disminuir. En 1908 habían 11,000 en el ejército francés, en 1910 14,000, y sin embargo, en poco más de este tiempo se han invertido 10.000,000 en escuelas».

Cualitativamente todos en absoluto reconocen el fracaso de la educación moral lica que proporcionan las escuelas públicas francesas, el fracaso de la moral arbitrariamente enseñada sin fundamento alguno religioso.

En cuanto á los remedios, la intervención sobre la prensa, la reglamentación oficial y eficaz de las noticias é informaciones de índole judicial, es idea que acarician la mayor parte de los partícipes á la encuesta; pero todos ellos coinciden en que la verdadera salvación no reside más que: en el au-